

HACIA UNA DEMOCRACIA DE NUEVA GENERACIÓN EN LAS AMÉRICAS

Club de Madrid - Teatro Colón

Bogotá, 26 de agosto de 2015

Palabras de Rebeca Grynspar

Secretaria General Iberoamericana

Excelentísimo señor Alejandro Toledo, ex Presidente de la República del Perú;
Excelentísimo señor Luis Alberto Lacalle, ex Presidente de la República Oriental del Uruguay;
Excelentísimo señor Jorge Quiroga, ex Presidente del Estado Plurinacional de Bolivia y Vicepresidente del Club de Madrid;
Señoras y señores:

Comienzo primero agradeciendo al Club de Madrid y a todos los que han colaborado en este encuentro. Celebro que nos dediquemos a discutir las grandes ideas, al diálogo y la reflexión, alejados de cuando, por estar inmersos en la dinámica de las redes sociales o en las calamidades diarias de la función pública, nos cuesta abrir y abrimos a estos espacios de pensamiento.

Atareados en sacar la interminable lista de pendientes, los líderes carecen con frecuencia de la oportunidad para sentarse a reflexionar sobre el curso del desarrollo de los países y de la democracia, sobre el efecto que las políticas tienen en la formación cívica de los ciudadanos, sobre los cambios actitudinales que exhiben los pueblos en respuesta a fenómenos internos y externos, y sobre el devenir de lo humano en sus aciertos y desventuras.

Es oportuno que este foro incluya la intervención de tres ex Jefes de Gobierno y miembros del Club de Madrid. La transitoriedad es una característica propia del poder democrático: solo en las democracias existen ex Presidentes, porque solo en las democracias el poder es un mandato que se recibe del pueblo y se regresa al pueblo.

Con su presencia en este escenario, ustedes son muestra elocuente de la vocación democrática de los países latinoamericanos.

Renovar un gobierno no quiere decir descartar, con la transición política, el conocimiento adquirido. Por el contrario, las naciones más sofisticadas logran institucionalizar ese conocimiento y valerse de la experiencia acumulada.

Nuestros gobiernos avanzan más, y avanzan mejor, cuando se evitan aprender todo de cero con cada nueva administración, cuando logran construir un Estado racional en el sentido weberiano del término, un Estado basado en el conocimiento y en la transmisión de ese conocimiento, que se constituye en un activo extraordinario.

Pero también es cierto que la renovación y el cambio son parte de la democracia. Por un lado, aprender del pasado no significa repetirlo. Por otro lado, es también intrínseco a la democracia aceptar el costo de aprendizaje de sectores que no habían accedido al poder anteriormente y que deben tener la oportunidad de aprender en el ejercicio de lo público. El balance entre el aprendizaje y el cambio es uno de los retos de nuestros días, especialmente en un mundo que muchas veces se debate entre la nostalgia expresada en aquella creencia de que “todo tiempo pasado fue mejor” o, en el extremo opuesto, solo vive en lo inmediato, donde esperar un minuto para contestar un correo electrónico se le hace al que está en el otro lado una eternidad, ¡casi una grosería!

Y es que no podemos hablar de una democracia de nueva generación sin entender los profundos cambios que se han dado en esta región y en el mundo.

Es esta una región que en los primeros 12 años de este siglo, hasta el 2012, cambió su estructura social. El crecimiento económico sostenido que registró América Latina en este periodo se tradujo en beneficios sociales concretos, incluido el logro sin precedentes de reducir tanto la pobreza como la desigualdad de ingresos. 60 millones de personas abandonaron las filas de la pobreza en lo que va del siglo y ello no solo por el viento de cola de los precios internacionales de las materias primas y los alimentos, también por una decisión de política pública: no solo mediante los programas de transferencias condicionadas, sino también gracias a la inversión en salud y educación, que permitió salarios crecientes en un momento de expansión del empleo.

Hoy día, el porcentaje de personas que viven con menos de \$4 per cápita por día se encuentra entre el 25%-28%. 34% se considera “sector medio”, con un ingreso entre los \$10 y los \$50 per cápita por día. Pero si sumamos el número de personas que están justo en la frontera entre la pobreza y la clase media, tenemos un 37% de la población latinoamericana que se encuentra en condición vulnerable, es decir, que tiene grandes riesgos de regresar a la pobreza.

El cambio en la estructura social, unido a las nuevas plataformas tecnológicas y al cambio demográfico, ha sin duda producido transformaciones profundas en la dinámica política.

Y hoy tenemos esta combinación complicada: un entorno global mucho más adverso, en un mundo de por sí más multipolar, más incierto, más volátil, más impredecible, pero más interconectado.

Tenemos hoy menos espacio fiscal y externo que en la crisis del 2008 y con tareas inconclusas –como la persistencia de un alto nivel de pobreza y desigualdad–, y una ciudadanía más exigente, que demanda más rendición de cuentas, más transparencia, con menos tolerancia a la corrupción y a la desigualdad, con grandes aspiraciones. Una juventud numerosa: la cohorte de jóvenes entre 15 y 29 años más grande que hayamos tenido, 158 millones de personas; una cohorte educada, optimista, pero, otra vez, exigente. Que demanda mejores servicios, no solo acceso sino calidad, que exhibe una desafección con la política y desconfianza del gobierno, pero que quiere participación.

Los ciudadanos del siglo XXI no reconocerán autoridades que no sean meritorias, que no sean transparentes, que no rindan cuentas, que no se sometan al escrutinio popular. Pero al mismo tiempo las autoridades están ahí para tomar decisiones, para asumir riesgos, liderar procesos, sin duda lo hemos visto en la región y lo han sentido todos los gobiernos.

De alguna manera vuelvo a pensar en aquel dilema del desarrollo donde la sociedad se mueve más rápido que las instituciones, las cuales quedan rezagadas y con dificultades de adaptarse al rápido devenir económico y social.

Reflexiono primero sobre lo económico y social en este contexto. ¿Dilapidamos la bonanza?

Parece ser cierto que, en la mayoría de los casos, no hicimos la tarea micro: inversión en infraestructura, logística, conectividad, educación de calidad, facilitación de trámites, modernización regulatoria, investigación y desarrollo. Cabe preguntarse con qué condiciones de competitividad llega América Latina al fin de esta era de bonanza y qué vías debe adoptar para mejorar esas condiciones, para permitir más innovación, más diversificación del aparato productivo, más emprendimiento. Es claro que esto requiere un diálogo más allá del gobierno, un diálogo que involucra a otros sectores y sin duda al sector privado.

En lo político, muchos han alertado sobre los sondeos de opinión que muestran un descontento popular con la democracia –aunque no necesariamente una preferencia por otros sistemas de gobierno–.

El Foro Económico Mundial incluyó como una de las 10 tendencias globales para el 2015 el debilitamiento de la democracia representativa, con implicaciones serias en términos de la estabilidad política y de la gobernabilidad democrática de nuestros países.

¿Nos encontramos ahora con democracias en crisis de identidad? Sin duda las razones son múltiples y varían según el contexto, como hemos podido discutir en los distintos grupos de trabajo. Se ha señalado un divorcio entre las preocupaciones de la clase gobernante y de la clase gobernada; se ha mencionado la corrupción, que socava la confianza en las instituciones; se ha resaltado el rol de los medios de comunicación y de las redes sociales, un aspecto que a mí particularmente me preocupa (pues en redes hablamos solo con aquellos que piensan igual que nosotros); se ha hablado del rompimiento de tejidos comunitarios por causa del crecimiento urbano descontrolado y de los cambios en las familias; se ha citado la dificultad de mantener tasas estables de crecimiento económico y de la desigualdad que carcome todo esfuerzo de cohesión social y la construcción de un proyecto común de sociedad; se ha aludido a la ineficiencia de los aparatos estatales y a la mala calidad de los servicios públicos, a la “discontinuidad del Estado”, como decía Guillermo O’Donnell, que fortalece los poderes fácticos y el crimen organizado.

Y la gran pregunta es ¿qué hacer, cuál es la agenda?

Aunque compartiré con ustedes algunas ideas en esta dirección, y a eso nos hemos dedicado estos días aquí, debo empezar por decir que LA AGENDA con mayúscula no la podemos definir nosotros aquí. La agenda de una democracia de nueva generación debe ser un esfuerzo colectivo, sostenido en el tiempo, participativo, inclusivo, dinámico, que otorgue voz a los grupos excluidos, que le dé un espacio real a los jóvenes, que incorpore preocupaciones distintas a las que tradicionalmente hemos abordado, que sea flexible, y por supuesto debe tener recomendaciones concretas y medibles. Les pongo un ejemplo: una reciente encuesta de UNICEF a más de 9,000 jóvenes en Costa Rica reveló que la principal inquietud de la juventud en mi país es el daño ambiental, incluso más que el desempleo o la inseguridad ciudadana. Los jóvenes costarricenses no quieren un gobierno que se comprometa, en abstracto, con el medio ambiente; quieren un gobierno que ponga políticas ambientales de vanguardia en el primer orden del día. Si el sistema

político costarricense falla en dar respuesta a esa inquietud, se vuelve irrelevante para una juventud insatisfecha con el sistema político.

Y aquí el reto: cómo hacer para que la ciudadanía tenga no solo la oportunidad de decidir sobre los elementos que integran esa agenda, sino también la forma en que se escogen y se priorizan dentro de ella. Esto implica la necesidad de que la ciudadanía tenga acceso equitativo a oportunidades para descubrir y afirmar qué opción le resulta preferible, es decir, la oportunidad de informarse y educarse sobre las decisiones que le afectan. Aunque suena sencillo, sabemos bien que no lo es. Los modelos de consulta popular que existen hoy día presentan sus propios desafíos.

Ayer, Alessandra Orofino cofundadora de la Fundación MEU Rio, lo hacía evidente. ¿Será que estas plataformas como la de MEU Rio, son el germen de los “nuevos partidos políticos”? Hay quienes sostienen que una democracia de nueva generación es, forzosamente, una democracia post partidaria. Quizás ninguna otra institución democrática haya sufrido un debilitamiento mayor en las últimas décadas que los partidos políticos. Y quizás ninguna otra concentra con tal fuerza el descontento y la desafección ciudadana. Para mi generación, el debilitamiento de los partidos políticos es el debilitamiento de la democracia, no está claro de qué otra forma lograremos agregar las demandas populares y racionalizar los objetivos –una función que hasta ahora habían desempeñado los partidos–. Yo creo que la discusión no debería girar en torno a preservar o desechar la figura de los partidos políticos como los conocemos hoy en día, sino en torno a cuáles son las nuevas formas y características de las organizaciones que cumplan esta función y otorguen una columna vertebral a las demandas político-sociales.

Mi punto es doble: por un lado, nosotros, los de mi generación, no tomamos la democracia como un dato sino como una conquista; por otro lado, el esquema de toma e implementación de decisiones actual no basta para asegurar que la ciudadanía se sienta lo suficientemente incluida e involucrada. No basta con la legitimidad de origen, la legitimidad en el ejercicio es fundamental –lo sabemos–, pero hace falta más, por mucho que nos cueste acomodarlo con un piso mínimo de gobernabilidad. Perdurar en este esfuerzo, insistir en revisar nuestros mecanismos de toma de decisiones, adaptar y reinventar nuestros modelos de participación y de representación, son algunas de las condiciones para alcanzar democracias más vitales de aquí a 15 años.

Termino diciendo que, crecientemente, los ciudadanos de nuestros países son ciudadanos del mundo. Los afectan las políticas de privacidad de Facebook tanto como los afecta la fijación del impuesto municipal; les preocupa la implementación de un

acuerdo de libre comercio tanto como les preocupa la instalación de un nuevo semáforo peatonal. Al responder a las demandas ciudadanas, los gobiernos ya no solo responden a sus acciones, sino a un contexto global que los ciudadanos aprueban o desaprueban. En parte, esto explica la proliferación de foros internacionales, regionales y subregionales que hemos atestiguado en los últimos años. Los gobiernos necesitan hablarse no solo en razón del poder político que detentan, sino en razón del poder ciudadano que enfrentan. Las experiencias positivas a un lado del océano son rápidamente exigidas del otro.

Yo creo que tenemos aún espacio para crecer en este ámbito. Creo que podemos aprovechar aún más las alianzas entre nuestras burocracias, la comunicación entre las organizaciones civiles a través de las fronteras, el contagio –el buen contagio– de políticas efectivas. En todo caso, les puedo asegurar que esto nos será requerido desde abajo. Más allá de una estrategia hemisférica en el diseño de una democracia de nueva generación, nos hace falta plataformas comunes y vasos comunicadores que nos permitan la transmisión y adopción de buenas prácticas en materia democrática. Nos hace falta ser capaces de aprender y estar dispuestos a cambiar. Yo confío en que este tipo de intercambios ayuden a ese fin. Confío en que iniciativas como el Club de Madrid pueden servir para forjar gobiernos más abiertos, más atentos al sentimiento ciudadano, más capaces de responder pronta y hábilmente a las preocupaciones de sus habitantes. Espero con ansias las intervenciones de los distinguidos panelistas y hago votos por que no dejemos de discutir las grandes ideas; por que no perdamos de vista que los esfuerzos de una clase política, de toda clase política, solo valen en la medida en que reflejen los sueños y temores de los pueblos que lideran. Muchas gracias.